

113, 117.—Tipos de hombres, Estado de Chiapas. No se singularizan más que por el pañuelo de colores vivos que usan atado en la cabeza.

168.—Tipos de Soconusco.—Dos hombres y una joven: ésta es la única que merece atención por su traje: la saya es de color obscuro con motas amarillas, y sobre la camisa tiene un huipil corto, de color, con descote bastante bajo y de mangas; pelo reunido en una sóla trenza que cae por delante.

XI. FAMILIA CHONTAL.

Chontales.

Chontalli en mexicano quiere decir extranjero ó forastero. Hasta fines del siglo XVI se encontraban chontales en los Estados de México y de Guerrero, que hoy han desaparecido; existen en Oaxaca, en Tabasco y en Guatemala. El Padre Burgoa hace una triste pintura de los chontales de Oaxaca, representándoles como totalmente bárbaros, broncos, feroces, sumergidos en la más espantosa ignorancia, desnudos y antropófagos: el retrato no conviene del todo á los de Tabasco, avecindados en el distrito de la Chontalpan, ni mucho menos á los establecidos en Guatemala, sin duda por haberse pulido con el trato de las naciones vecinas. El idioma es digno de la tribu, pues es áspero, incompleto y desaliñado. Todo esto nos inclinaría á creer, dice Orozco y Berra,¹ que este pueblo es uno de los primitivos en el país; que las invasiones de la familia mexicana le privaron de los terrenos que ocupaba en Guerrero, quedando aquí una parte de la tribu mezclada con los invasores, mientras el resto huyó para el Sur. Por este rumbo, es decir, en Oaxaca, la irrupción de los mixtecos dejó todavía confinada en las montañas una fracción de los bárbaros,

¹ Geografía de las lenguas, p. 21.

y la otra fracción se estableció en Tabasco, de donde á su turno fueron desalojados y empujados hasta Guatemala por los guerreros de la familia maya-quiché que vinieron á asentarse en su comarca.

La nación de los chontales debe haber sido grande, como la de los popolocos, para que las diversas invasiones que los han despedazado y esparcido, no hayan podido extinguirlos, ni hayan sido parte para quitarles su personalidad. Se presiente que un destino común ha presidido á la suerte de chontales y popolocos; que idénticas causas han de haber influido en su dispersión; que se han puesto en contacto alguna vez, y cuentan, poco más ó menos, la misma antigüedad. (Orozco y Berra.)

Los chontales de Tabasco aún creen en la transmigración de las almas, suponiendo que el hombre se convierte en cuadrúpedo, ave, etc. Los chontales se han distinguido siempre por su constitución robusta y su valor: habiendo hecho una resistencia tenaz á los españoles, fueron dominados más bien por la persuasión de los misioneros que por las armas. El idioma chontal es dudoso en su carácter morfológico: se ha clasificado en el orden de las lenguas paulosilábicas sintéticas, familia chontal.

248.—Indios de Comalcalco, Estado de Tabasco. Tamborileros, mujeres trabajadoras del campo y muchachos. Aquellos, en el acto de tocar los instrumentos, que tienen doble longitud que un tambor común; vestidos de camisa suelta y calzoncillo arrollado hasta el muslo, traje de la Tierra Caliente; con el indispensable sombrero de palma. Las mujeres desnudas de la cintura para arriba, como andan en muchos de aquellos pueblos las de cualquiera edad, y asombrándose con grandes canastas tendidas, puestas sobre la cabeza. El grupo está en pie delante de la casa, que tiene por muros un cercado de cañas de *otate*, especie de bambú americano; el techo está revestido de hojas de palmera: es *de dos aguas*, con caballete y cuatro taludes, dos de ellos cortos para las cabeceras.

825.—Chontales de Atasta y de Tamulté de las Sabanas, Estado de Tabasco.

XIII. FAMILIA APACHE.

Apaches.

(MESCALEROS, LIPANES, GILEÑOS, SACRAMENTEÑOS, CARRIZALEÑOS
ó COYOTEROS, ETC.)

Los apaches de Sonora son ágiles, fuertes, de fisonomía antipática, de mirada torva, rostro ancho y nariz aplastada. Son de temperamento taciturno, aunque comunmente asoma á sus labios irónica sonrisa. Son enemigos del trabajo, teniendo en menos otros ejercicios que no sean los de la caza, y sobre todo la guerra, pero la guerra que tiene por objeto el robo, fin principal de todas sus aspiraciones. Los apaches son astutos, desconfiados, excesivamente pérfidos, sanguinarios, más por constumbre que por instinto; valientes sólo en último extremo; pero en las demás circunstancias cobardes y traidores. Estos bárbaros son sumamente ligeros en la carrera, así en las llanuras como en las montañas, terreno que prefieren. Manejan el caballo con grande agilidad. Se sirven bien del rifle y mejor del arco y de la flecha. Jamás los apaches atacan á un enemigo prevenido, aunque sea éste en número diez veces menor: su guerra es de sorpresa y su objeto más que el de matar, es el de robar; bien que no dan cuartel al enemigo vencido y prisionero, aunque sea mujer ó niño.

La nación apache es cruel y nociva: siempre desnuda, siempre matando á traición y robando: martiriza á sus prisioneros y suele irles cortando el cuerpo á menudos pedazos. Arranca las cabelleras de sus víctimas para llevarlas en triunfo á sus hogares. El apache mata cuantas aves se le ponen á tiro: aprovecha la carne de pocas, y emplea las plumas para su adorno y para ponerlas en la extremidad de sus flechas; no come pescado alguno, pero lo mata, guardando las espinas para diferentes usos. Cree en la existencia de un Sér Supremo y Creador, bajo el nombre de *Yaxtaxitaxitanne*, ó Capitán del

Cielo. Conoce que los vivientes se aniquilan después de cierto tiempo y lo mismo cree de su propia existencia (sic); de lo que resulta que, olvidando fácilmente lo pasado y sin inquietud por lo futuro, sólo le toca, mueve é interesa lo presente. Desea estar de acuerdo con el espíritu maligno, de quien juzga depende lo próspero y lo adverso, dándole esta materia pábulo para infinitos delirios. Los apaches siempre están indagando si vienen enfermedades contagiosas, pues en sabiendo que están cerca de sus rancherías, huyen hasta lo más remoto de los desiertos, y cortan toda comunicación con los países infestados. Cuando acaba la peste vuelven á los lugares que antes frecuentaban, y si tienen que entrar á alguna población, se colocan en las aberturas de la nariz y en los oídos algunos hierbajos que usan como preservativos. Cuando temen ser asaltados por la muerte, colocan en sus tiendas lanzas para que se ensarte en ellas si llegare; en fin, no perdonan diligencia para conservar su vida.

Determinada una expedición ofensiva y elegido el indio que ha de mandarla, dejan dentro de una sierra sus familias con una moderada escolta y salen del paraje, á pie generalmente, divididos en pequeñas partidas para ocultar mejor sus rastros; procurando con igual objeto hacer la marcha por tierra dura y peñascosa. Para efectuar felizmente su intento, colocan con anticipación una emboscada en el terreno que más les favorece; despachan luego varios indios ligeros para que procuren atraer á ella, por medio de algún robo de ganado, la gente que salga en su seguimiento, á la cual cargan de improviso, haciendo un sangriento destrozo. Es extraordinaria la velocidad con que huyen después de ejecutado un crecido robo, cuando regresan á su país, escalando montañas, atravesando desiertos sin agua y valiéndose de mil estratagemas para eludir los golpes de los ofendidos. Á larga distancia dejan siempre sobre sus huellas dos ó tres indios en los caballos más ligeros, para que aquéllos den oportuno aviso de los peligros. Cuando temen la persecución de fuerzas superiores, matan los animales que llevan y escapan en las mejores bestias, que últimamente vienen á matar también en el caso de que los alcancen, ase-

gurando su vida en las asperezas y breñales de los montes. Si les persiguen fuerzas inferiores, las esperan en un desfiladero y cometen una segunda matanza. Otras veces dividen lo robado en pequeñas fracciones y cada uno de los apaches sigue diferente rumbo. Concluida la expedición y repartido el botín, cada parcialidad se retira á su país para vivir con entera libertad. Una ranchería, por numerosa que sea, y por más que parezca embarazada, hace marchas tan rápidas á pie ó á caballo, que en pocas horas se liberta de sus perseguidores. Los apaches han estado constantemente en guerra con los blancos y los indios del Norte.

Un humo hecho en una altura por los apaches y atizado seguidamente, es señal de que se preparan á contrarestar á sus enemigos, que se hallan cerca y han sido vistos y reconocidos: cuantas rancherías lo notan corresponden de la misma manera. Un humo pequeño á la falda de una sierra, indica que buscan gente de la suya: otro de respuesta á media ladera denota que ahí está y que puede llegar libremente. Dos ó tres humos pequeños en un llano ó cañada, hechos sucesivamente siguiendo la misma dirección, manifiestan que los indios desean hablar con sus enemigos. Tienen otros varios signos particulares para comunicarse á través de grandes distancias, comúnmente admitidos por todas las parcialidades apaches. Para no detenerse en hacer los humos, llevan los más de los hombres y mujeres instrumentos necesarios para producir fuego: prefieren la piedra, el eslabón y la yesca; pero si no tienen estos útiles, suplen su falta con dos palos preparados, uno de zocole (?) y otro de lechuguilla (?), bien secos: frotan rápidamente la punta de uno con la parte plana del otro y pronto se incendia el aserrín de la parte frotada.

Tienen conocimientos particulares acerca de los rastros que advierten en el campo, pues examinándoles conocen no sólo el tiempo transcurrido desde que se imprimió la huella, sino también distinguen si se hizo de día ó de noche, si la bestia iba cargada con ginete ó suelta; si la arrean ó es mestefña (sin dueño), etc. Si hieren á un venado, berrendo ¹ ó cualquiera

¹ Especie de Antilope (*Antilocapra americana*).

otro animal, jamás pierden su rastro, y buscan su pieza por espacio de dos ó tres días si es necesario, hasta que la encuentran muerta, ó imposibilitada para escapar.

Los apaches han destruido sólo en Sonora, en 20 ó 30 años, cerca de 100 poblaciones, inmolando miles de personas. ¹

El gobierno de estos bárbaros es militar, pues no conocen más autoridad que sus capitancillos, que son los más intrépidos y valientes.

Su vestido se compone ² de un taparabo, zapatos de gamuza ó *teguas*, muy bien hechos, cosidos con tendones. Los jefes y los ricos usan pantalones de gamuza, estrechos, separados en dos partes, una para cada pierna: se unen en la cintura por medio de correas. Tienen unos flecos largos, de la misma gamuza que sobra ó ensancha de los lados en que está cosida, y á la orilla de estos flecos, como especie de franja, una cinta tejida de cuentas más ó menos ancha, formando labores á la manera de las cintas de chaquira, y asegurada con tendones: á esto llaman *mitaexas*; tienen los hombres agujereado todo el rededor de las orejas, y de esos agujeros cuelgan muchas argollas ó arracadas que ellos mismos hacen de alambre de latón: de la última arracada suspenden una concha ³ de las que abundan en el río Conchos y que producen la perla fina. Aseguran en su propio pelo una trenza postiza, cubierta de hebillones de plata redondos. Usan también muchas soguillas de cuentas de vidrio y obsidiana, conchas, colorines ⁴ etc.

Las mujeres visten unas enaguas de gamuza muy cortas, hasta medio muslo, colgando dos orejas por los lados casi hasta el tobillo, y cubiertas de flecos hechos con correas y en sus puntas campanitas, cascabeles, colorines y conchas. Llevan además un algodón que hacen de una gamuza entera abriéndole un agujero para meter la cabeza, también con flecos de la misma manera que las enaguas: llaman á éstas *tlacaleé* y á los cotones *bietti*. Las *teguas* ó zapatos de las mujeres son unas botas ó medias de gamuza que suben hasta los muslos;

¹ Diccionario de Historia y Geografía. Vol. X, p. 416.

² Véase el maniquí núm. 947.

³ *Unio*.

⁴ Véanse las fotografías de kicapos, núms. 7 y 14.

pero son dobles desde la pantorrilla, subiendo una hasta arriba del muslo, y doblan la otra hacia abajo, quedando á manera de las botas de vuelta que se usaron en otros tiempos: esta vuelta les sirve de bolsa. Usan el pelo recogido para atrás y atado con correas.

Sus armas son fusil, lanza, arco y flechas largas y muy bien construidas, con punta de fierro, que hacen limando aros de barril hasta darles el tamaño y forma de lanceta. Manejan su arco con tal fuerza y destreza, que sus flechas atraviesan una res de parte á parte. Usan también una especie de adarga redonda de cuero, con la que se defienden de las lanzadas, que llaman *chimal*: lo traen siempre forrado con una bolsa de gamuza, que le quitan al entrar á la guerra, dejándose ver entonces una série de plumas unidas á una tira de lienzo rojo en el contorno del *chimal*¹: en el centro de éste pintan un sol ú otra figura y suelen fijar espejos con el intento (según ellos mismos manifiestan) de deslumbrar á su adversario. Usan para la guerra unos adornos de plumas muy bien hechos que se ponen en la cabeza y les cuelgan por atrás cayendo en el anca del caballo; dos cuernos de cibolo ó bisonte y en medio un espejo, distintivo de los capitanes, quedan atrás de la frente. Se pintan todo el cuerpo de negro con rayas blancas: durante la paz se pintan la cara de rojo y amarillo.

Las mujeres no se peinan si sus padres ó maridos salieron á una expedición, hasta que vuelven. Ellas son las que trabajan: cuidan los caballos, los ensillan cuando el marido tiene que montar, hacen las gamuzas, las teguas, los chimaes, fustes, estribos, mitaexas, y en una palabra, todo lo que hay que hacer.

Los indios se casan con cuantas mujeres quieren: lleva el mando de la familia la primera esposa y las otras la obedecen. También se casan con las mujeres comprándolas desde pequeñas á sus padres. Castigan á las adúlteras cortándoles las narices.

Las esposas y demás parientes de un indio que muere se cortan el cabello en señal de duelo, y algunos se hacen heridas

¹ Véase el maniquí núm. 947.

en la cara, brazos y piernas, y en el pecho, del lado del corazón. Las esposas del muerto se quitan la ropa y queman ó entierran cuanto tienen, se arrojan desnudas sobre nopales y otras plantas espinosas, entierran la silla y armas del deudo y matan sus caballos, quedando enteramente pobres. Jamás vuelven á hablar del difunto, y algunas mujeres hasta cambian de nombre. (*E. Lamberg.*)

837.—Apache medio civilizado. Chihuahua.

XIV. FAMILIA OTOMITE.

Otomites.

El otomí es una de las lenguas más extendidas en la República Mexicana, pues se habla en todo el Estado de Querétaro y en una parte de los Estados de San Luis, Guanajuato, Michoacán, México, Puebla, Veracruz y Tlaxcala.

La provincia de los otomites, según Clavijero, comenzaba en la parte septentrional del Valle de México, y se extendía por aquellas montañas hacia el Norte hasta 90 millas de la Capital. Entre todos los lugares habitados, que eran muchos, sobresalían la antigua y célebre ciudad de Tula (fundada por los toltecas) y la de Xilotepec, la cual, después de la conquista de los españoles, fué la metrópoli de los otomites.

Esta nación es tenida por una de las más antiguas de Anáhuac, habiendo permanecido en el estado salvaje durante muchos siglos, de modo que siempre se le ha reputado por la más grosera de aquellos países. El Padre Sahagún, hablando de ella, dice: «Los othomíes de su condición eran torpes, toscos é inhábiles: riñéndoles por su torpedad les suelen decir en oprobio ¡ah qué inhábil! . . . eres como othomí. . . lo cual se decía por lo regular al que era rudo y torpe, reprendiéndole de su poca capacidad y habilidad.»

En el siglo XV comenzaron á vivir los otomites en sociedad, sujetos á los reyes de Tezcoco, y fundaron muchos pueblos. Sin embargo: una gran parte de ellos quedó en el es-